

El cuerpo humano, cuerpo religioso

Marcela Sánchez Mota*

En su versión, Hal Willner eliminó todo lo ocurrido en la sesión anterior, excepto la voz de Ginsberg y el piano y órgano de Dylan, mezclando estos elementos de nueva cuenta. Las figuras en el teclado, pensadas originalmente como complemento para instrumentaciones más complejas, quedaron solas como contrapunto al canto de Ginsberg. "Fue el momento culminante de la grabación", escribió éste, "cuando Dylan hizo descender sus diez geniales dedos sobre el teclado. Fueron los puntos percusivos que subrayaron las distintas formulaciones". A la distancia es posible que se trate de la mejor interpretación de Dylan en el piano que se haya grabado hasta la fecha.

En 1982 ambos volvieron a reunirse en los Rundown Studios de Santa Bárbara, California. Produjeron una animada versión del poema "Do the Meditation Rock", así como dos tomas de "Airplane Blues", en las que Dylan tocó los instrumentos de cuerda. A la postre Ginsberg se unió a la gira Rolling Thunder Review de Dylan y representó también el papel de "El Padre" en la cinta semiautobiográfica de éste, *Renaldo y Clara*. Participó también en algunas presentaciones del cantante en la cárcel de Trent, leyendo poemas, y escribió las *liner notes* del disco *Desire*.

En 1997 la muerte de Ginsberg selló una amistad de 34 años. Cuando le pidieron a Dylan un comentario al respecto, dijo lo siguiente: "En la vida sólo he conocido a dos personas sagradas para mí. Una de ellas fue Allen Ginsberg, mi amigo, mi hermano mayor".

Ante la incertidumbre y el misterio, el hombre primitivo sufre el miedo a través de sus cinco sentidos. Un miedo que ocurre en su cuerpo cientos de veces desde su nacimiento, cuyas huellas están impresas en su memoria y en todo su sistema nervioso. El miedo parece inagotable. El hombre busca el vehículo mágico al más allá, al mundo de "los otros", el de la muerte o el de los dioses —y lo encuentra en su propio cuerpo.

Sobre la piedra aparece grabado el cuerpo de una mujer obesa con un marcado ombligo sobre el que reposa la mano izquierda y unos grandes senos que cuelgan pesados de leche: parece la Madre-Tierra; es la Venus de Lausel (25,000 a.C.), una de las imágenes más antiguas del mundo (paleolítico). El hombre no sólo intenta atrapar el alma de los animales, también quiere apresar a los dioses para convivir con ellos. El primitivo inicia la toma de conciencia de su propio cuerpo y en él percibe su fragilidad y su diferencia. La noción del dios-hombre dotado de poderes sobrenaturales se anuncia gradualmente al lado de la figura del mago o el curandero. Los dioses encarnan en la figura del rey. Entre los egipcios, el faraón es el rey-dios que habita el mundo junto a otros dioses sobrenaturales y divinidades zoomórficas.

En la tradición védica las divinidades están directamente vinculadas al cosmos. Todo sacrificio ritual asegura la continuidad del mundo por la repetición del acto fundacional: el acto de procrear. La doctrina clásica del

Ayur-Veda afirma que el cuerpo humano está formado por cinco elementos: espacio, viento, fuego, agua y tierra. La materia del cuerpo es el resultado, en extremo complejo, de las proporciones en que se combinan dichos elementos. El cuerpo en estado puro es la base de la psique (alma). La vida se encuentra almacenada en los huesos, el fuego es el encargado de liberarla. En el proceso de creación de los seres humanos, tanto el semen como la sangre del útero, antes de unirse, contienen cuatro de los elementos; el espacio es el último elemento que se incorpora en el proceso de fertilización. Para los hindúes no bastan esos cinco elementos: es necesario otro elemento esencial el mana, karman o atman (espíritu y conciencia acumulada de otras vidas) para la formación del individuo. En los Upanishads, el sacrificio material tiene la posibilidad de transformarse en un proceso negativo que conduce al ser humano a la metempsicosis o *samsara* (transmigración de las almas) circuito infernal del cual sólo es posible liberarse a través de la gnosia (conocimiento). La identidad divina de los hombres radica en el cosmos, lejos de cualquier posibilidad de contaminación material (idea que reaparece entre los gnósticos del cristianismo primitivo). En los Upanishads más antiguos (1200 a.C.) la simiente divina procede de los alimentos y se genera a través de un ciclo eterno: "del agua, la tierra; de la tierra, las hierbas; de las hierbas, los alimentos; de los alimentos, la semilla; de la semilla, el hombre. El hombre es de este modo la esencia de los elementos" (Taittiriya Upanishad). La cremación

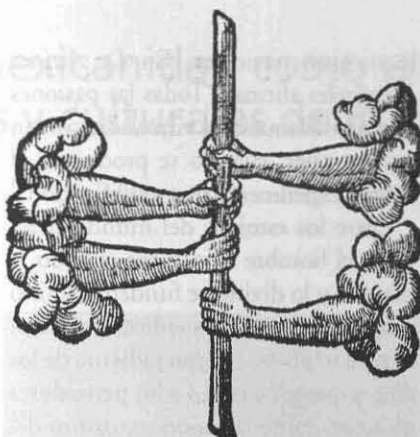
* Socióloga y bailarina

es el proceso final, mediante el cual los cuerpos se transforman en nubes que, al precipitarse, fecundan la tierra y producen hierbas, alimentos y semillas.

En el siglo XI, los chinos integran a la práctica taoísta los principios del confucianismo y del budismo. En el taoísmo la inmortalidad está inscrita en el cuerpo cósmico. El ser humano se iguala al cosmos porque está animado por un soplo primordial, dividido en *yin* (la tierra) y *yang* (el cielo) que corresponden al masculino y al femenino. Así se formula la inmortalidad del cuerpo. Las vísceras de un cadáver son contempladas como entidades cósmicas cuyas emanaciones y humores corresponden a signos emblemáticos y contienen la esencia de lo divino.

Para el budismo hay tres tipos de veneno: la ignorancia, el impulso o la ira y el apego o la avaricia. En el Japón medieval, los budistas hacen referencia a los espíritus hambrientos, *gaki* en japonés: se trata de seres que se encuentran en un espacio intermedio entre la vida material y el mundo de los muertos, almas humanas que envenenadas por la avaricia, se transforman en seres terroríficos de bocas picudas, cabezas pequeñas y cabelleras rojas que recuerdan a los personajes infernales de Jerónimo Bosch; tienen grandes vientres que alimentan con saliva y excrementos humanos y vagan hasta purificar alma.

En el Génesis del Antiguo Testamento, la aparición del hombre a imagen de Dios y conforme a su semejanza es el primer acto creador, al que le sigue la orden divina: "Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla". Las emanaciones o las *sefirot*, entendidas como la sabiduría y la inteligencia, llamadas padre y madre, se unen para crear la *sefira*, entendida como conocimiento, llamada hijo. De tal manera, el hombre religioso participa de la creación divina. La elevación de las almas depende de la pureza generada por los padres en el momento de la procreación. Para los cabalistas, el cuerpo es el lugar de



gnosis y es portador de lo divino. El alma es libre a partir de su inserción en el cuerpo: es su paso por la materia lo que le otorga el libre albedrío y el conocimiento de la divinidad. El cuerpo funciona de manera homóloga al sistema de las *sefirot* y sus leyes. En la cábala, el acto humano de engendrar es elevado al rango de imitación de lo divino; la sexualidad representa el proceso de integración de entidades separadas en el momento en que el alma desciende al cuerpo. El jasidismo judío celebra la omnipresencia de Dios en todas las actividades humanas, desde las ceremonias sagradas hasta la comida, el sueño o las relaciones sexuales. Todo acto humano debe realizarse con una intención basada en el *devekut*, es decir, en la ascensión a la luz divina.

Los primeros griegos no establecen una distinción clara entre alma y cuerpo. Cuando sabemos que para un hombre de la Grecia antigua sólo cuenta con el lenguaje empleado para nombrar su cuerpo y para designar el de otro ser, entendemos porque los griegos crearon dioses antropomorfos. Descritos con precisión, esos dioses detentan las propiedades físicas del cuerpo humano. Sin embargo, las contradicciones se manifiestan a la hora de adjudicarles poderes sobrenaturales: así, el cuerpo divino se transforma a voluntad, se hace invisible, se alimenta de ambrosía, duerme sin cerrar los ojos. Pero ante todo, es diferente al cuerpo humano

porque no se corrompe, no deviene *soma* (cadáver), es inmortal. Los dioses del Olimpo tienen el don de la ubicuidad; pueden trascender el tiempo y llegar al último rincón del universo. La división entre alma y cuerpo apenas comienza. Entre lo sobrenatural y lo natural no existe un corte definitivo. El antropomorfismo de los dioses domina la vida diaria de los griegos, regidos por el Olimpo homérico.

El orfismo genera una transformación de la religión griega, tal como la conocieron Homero y Hesíodo, al implicar la inmortalidad del alma y una división tajante entre ésta y el cuerpo. Los principios de los misterios órficos se encuentran vinculados a la concepción del hombre como un ser en el que prevalece un principio divino, un demonio (alma) que reside en el cuerpo debido a una culpa originaria. El ciclo culpa originaria-reencarnación se rompe mediante ritos purificadores, destinados a liberar al alma del cuerpo. Para Pitágoras, quien defiende la existencia de la metempsicosis, las almas deben liberarse a través del saber. De ahí el concepto pitagórico de filosofía (amor a la sabiduría) como eje esencial del mundo. Pitágoras y los naturalistas presocráticos apuntan hacia una nueva forma de interpretar el mundo. Jenófanes, cinco siglos antes de Cristo les reclama a sus coetáneos: "Pero los mortales piensan que los dioses nacen. Que tienen vestidos, voces y figuras como las suyas. A los dioses Homero y Hesíodo atribuyen todo lo que para los hombres es ultraje y vergüenza: robar, cometer adulterio, engañarse uno a otro." (Jenófanes, *Fragmentos y Testimonios*).

Con Sócrates y los sofistas aparece el humanismo griego. Para ellos, el primer testimonio racional de la existencia de Dios es el cuerpo humano. Todos y cada uno de los elementos corpóreos del hombre tienen una finalidad; no son producto del azar sino concebidos por una inteligencia superior.

El hombre griego posee un cuerpo-soma y un alma-psyche que sólo la muerte libera. Los ritos funerarios permiten que la psyche del hombre ingrese al reino de los infiernos. El largo diálogo socrático que Platón describe en el Fedón insiste en la inmortalidad del alma. La psyche alcanza su plenitud en el momento de la muerte, al separarse del cuerpo. Esta concepción



dualista de las relaciones cuerpo y alma aparece a lo largo de los diálogos platónicos, no sólo como reflejo del pensamiento órfico sino por el desarrollo de la metafísica. Si el cuerpo es una cárcel, el alma es un demonio que es necesario purificar por medio de la sabiduría. El deseo de muerte que aparece en los textos de Platón es en realidad un deseo de acercamiento a Dios. Para Platón, las almas atadas en exceso a lo corpóreo están destinadas a vagar errantes hasta enlazarse a otro cuerpo animal o humano. Las almas virtuosas encarnan en cuerpos de hombres justos o de animales mansos. Para Aristóteles, los sentidos no pueden existir sin el cuerpo; sólo la inteligencia es capaz de perdurar más allá de lo corpóreo, porque el intelecto procede de fuera y sólo él es divino. No sucede lo mismo con el razonar, el amar o el odiar, que no son afecciones del inte-

lecto sino pasiones. En *De Anima* Aristóteles afirma: "Todas las pasiones humanas se muestran vinculadas con un cuerpo pues, cuando se producen, el cuerpo experimenta una modificación."

Entre los estoicos del mundo helénico, el hombre sólo surge cuando la materia y lo divino se funden. Plotino establece una ruptura radical tanto con la exaltación del cuerpo radiante de los dioses que caracterizó a los pensadores arcaicos, como la visión terrorífica del cuerpo de los gnósticos. Para él, existe la necesidad ontológica de las almas por apropiarse de un cuerpo, y ese impulso es en sí mismo una experiencia dolorosa. La culpa originaria aparece en el momento de la unión del alma y el cuerpo, la cual da pie a que aparezca el deseo de pertenencia. Una segunda culpa aparece a partir de que el alma encarnada experimenta una preocupación excesiva por la materia y se olvida de su origen.

En su nacimiento, el cristianismo primitivo no es sino una secta más del judaísmo. La postura de Pablo de Tarso separa de forma definitiva a judíos y cristianos, al poner en el centro de la teología cristiana la resurrección de los muertos y ya no la inmortalidad del alma. El hombre no sólo es cuerpo y alma; es también espíritu, el medio de acercarse a lo divino a través de la fe. Para otras sectas, como los gnósticos y entre ellos los maniqueístas, la figura del demiurgo es negativa por lo que el mundo material es negativo. El cuerpo humano en sí mismo es portador del mal por lo que el hombre debe esforzarse por escapar de él. San Agustín (s. IV), maniqueísta en sus inicios, se convierte al cristianismo después de las lecturas de san Pablo de Tarso, de quien toma la noción de la fe, y de Plotino, de quien extrae la noción del absoluto singular, el ser en sí y para sí. Es el propio San Agustín, el que plantea en las *Confesiones* el problema del "yo" entrelazado con la voluntad del individuo y la autoconciencia.

La idea del alma que se sirve de un cuerpo para su salvación, sustentada por Platón pierde vigencia con el auge del pensamiento escolástico de los siglos XIII y XV. Para los predicadores, teólogos y confesores escolásticos, el cuerpo humano es la unidad de cuerpo-alma. El acceso a lo divino a través del cuerpo es una idea común en la Baja Edad Media, de ahí que muchos practicaran las flagelaciones y el sufrimiento corporal para alcanzar el grado de espiritualidad necesario que los acercara a Dios. El culto a las reliquias corporales de los santos representa la estancia de lo sagrado en el cuerpo. El cuerpo humano toma un lugar central en el pensamiento de Occidente. El cristianismo hereda la idea de las culpas originarias de la teología platónica y hebrea. La discusión teológica sobre lo sagrado y lo humano en el cuerpo de Cristo deriva para los cristianos modernos en uno de los misterios divinos y en la idea de que el cuerpo de Dios está presente en la hostia consagrada.

El cuerpo humano está en el centro de todo intento por explicar la relación del hombre con el universo. Sin embargo, a partir del dualismo cartesiano nos encontramos en un mundo escindido entre la razón y la fe. El hombre moderno ha perdido la antigua comunión con la naturaleza, que establecía por medio de su cuerpo y que le era tan indispensable y cotidiana como el comer. Los fenómenos modernos son irreversibles: la cibernética, la clonación, la manipulación genética son ejemplos de la evolución humana que es necesario reflexionar e incorporar a la conciencia. No podemos aspirar al regreso del hombre al pasado. Quizá Nietzsche deja una advertencia cuando afirma: "Somos unos desconocidos para nosotros mismos; nosotros, hombres del conocimiento, nosotros mismos para nosotros mismos." (*Ecce homo*). ➤